

VIAJE LINEAL

Aloysius Acker

328290



14 MAR 1911

C 102 (1)

Madre, el bajel espera presto
en la rada cercana;
reuniré los avíos de nuestras
decepciones,
para que llegue al fin la azul
visita
venida siempre a menos.

Madre, ahora que me vaya
se acabarán los desengaños
-alarmas falsas que tanto has callado-
y la mirada de ceniza, perdida
en la distancia, a tus cándidos
afanes.

Madre, serán ya noches los candiles
para mi tez, de horas de sueño,
ahita de triviales andanzas,
y será parva tu monástica grima
de todos los días.

Madre, rondarán en el aire hogareño
el náutico páramo de oleaje dormido,
tu clamor de tarde obscura sin causa
y el mármol de mi sombra enjalbegada.

Nos volveremos a sentar, como en otras
tardías ocasiones, a rasgar
lo que no se nos da humanamente.

Juguemos debajo de este glauco tapiz
de la vida, a ver si nos sonrío
el callado no estar así, siempre.

Y vendrán los golpes a la puerta
cerrada, la alta hora en las sufridas
menores.

Ah, invisible jugador de nuestra noche,
la suerte de cartón ha de llamarnos
dejaremos la mesa.

III

Han venido ya las vacaciones,
acabándose; he abrazado a mis lunares
condiscípulos, y he creído que han estado
ausentes mis altas extremidades.
No sé para qué habré cambiado
un "hasta luego", cuando alguien, bien al oído,
me habla de extraños aprestos para un periplo
claroscuro y sin curvas.

Le digo así a esta tía gorda, sentada
aquí a mi frente, que gánase la vida
a fuer de no ganársela.
Y ella me responde con una invitación
gentil, a la que no accedo,
pese a que la mañana ha sido hoy
mediodía y tarde.

Tal vez, luego, en la calle, me acuerde
de Job.

Si en este instante, de gelidez ambigua,
Luco no callase a su martirio de tornillo
sin fin, quien sabe si oportunidad grande sería
para gritar nuestra riqueza de miserias.

Si en este momento, de pura vacuidad,
cubriésemos los propios oídos con las héticas
manos, quizás si no escuchásemos más
la ha tantos años percibida melodía
extraña de Ravel.

Si en esta misma hora, de uno y veinticuatro,
mamá nos dejara ser niños y nos contase una
(historia
de alegre final, tal vez si lográsemos distanciar,
al fin, las calcificadas comisuras.

Pero Luco seguirá en su calvario
de sin fin tornillo;
las palmas, ah las palmas, no cegarán los conductos
auditivos, pues mal que nos pese se echan de ver
la parálisis y las incompletas extremidades;
mamá no nos dejará ser niños,
ni nos deleitará con un cuento de dichas
acabadas;
y bien sabemos que un buen enviado nos espera,
aquí no más cerquita, en la esquina próxima
de las agostadas vidas.

Vendrá a ceshoras el amarillo
horizonte;
será todo como una mañana
encima del invierno.
Me abrazaré a la visión más hética
y escucharé la melodía dulce
que tanto auscultaría
si aun viviese el otoño
(ácueas notas dibujarán
las ondas de los recuerdos muertos).
Ah, si pudiéramos palpar el Siloé
de los ojos encontrados, cuando todavía
el yo inerte juguetea en la sombra.

VI

Fuiste un golfo;
a tí llegué con tus presentimientos;
visión de alada ceniza
la tarde peregrina, de recuerdos.

Largo abrazo;
me esperabas con tu verde dolor;
las jarcias, la hora, todo era
distancia de la tierra en la bahía.

Después, madre,
volvió lo vivido, como en mi ausencia;
una húmeda luz solitaria
se agitaba en la rada gris, marchita.

Hoy, distante,
acomodo al frágil hermanito;
él sueña en su vidriado hombro;
tú vienes con nosotros dentro, madre.

-¿Quién viene a estas horas?
Es extraño, no siento hambre
mi café.
Si mamá viniese ahora,
esta noche mañana
serviría;
si mamá viniese ahora.

- Hermanito, ha venido lo distante,
de cristales de ojos disfrazado,
a humedecer nuestros minutos,
y ha abrazado a esta nuestra fiel
compañera, de sombra florecida,
nacida con nosotros.
Y en verdad te digo y me digo
que ya llegan los instantes de nuestra
obscura ausencia
y que mamá no tardará.

Madre, es ya tarde;
sentémonos aquí no más,
a la sombra de este recodo
de nosotros.

¡Cómo nos habla el añoso minuterero!
Recuerdo tus palabras
al salir con el te cada mañana,
el consejo de barro, de crepúsculo,
que nadie nos dará.

¿Dónde estaríamos hoy
sin tu voz, sin tus manos, sin tus ojos?
Y ¿qué hubiera sido del minuto menor,
Alberto, que ha tantos años se esconde
en la casita blanca andina,
creyendo tal vez jugar
a la niñez?

Ah, madre,
las horas menores tendrán siempre
su espacio de segundos
en las mayores.

Madre, ya nos vamos;
 desde ahora en adelante, diariamente,
 vendrán los equinoccios, con su carga
 de anemia, a complicar la caquexia
 de tus minutos;
 pero sabemos que guardarás una alegría
 sin lindes, porque ha de ser de micras
 tu recóndita monotonía.

Madre, dejaremos en la persiana,
 en la que tanto soñamos,
 nuestros corazones; y en las mañanitas,
 cuando te despiertes,
 la caricia de tus ojos será bermeja
 sangre
 para sus agostadas coronarias.

Madre, será ya sólo saturnal "souvenir"
 el coticiano "amá", como te decíamos
 y que bien nos acordamos;
 ya no te diremos así, por ejemplo,
 desde debajo de las sábanas, preguntándote
 por la hora de la felicidad
 marcada en un reloj sin tiempo.

Madre, desde la lejanía
 pondremos nuestros hoides
 en el nudo corredizo de tus tardes.

